

UN MÍNIMO DE CONSENSO NACIONAL

Carta al Presidente del Partido Demócrata Cristiano de Chile

28 de julio de 1973

Señor Senador

Don Patricio Aylwin A.

Presidente de la Democracia Cristiana

Presente.

Señor Senador:

Agradezco su carta del 28 de julio del presente año, en la que junto con expresarme que nuestro llamado fue “oportunamente recogido por Uds.”, y que por su parte “el Sr. Presidente de la República en análoga actitud invitó públicamente a la democracia cristiana a confrontar ideas para encontrar una solución a la grave crisis que Chile está viviendo”, me manifiesta que su Partido para ello, ha sobrepasado “los legítimos sentimientos de duda y de recelo que la polarización y la inseguridad provocan en el espíritu de nuestros compatriotas”.

Comprendo, Sr. Senador, que para Uds. el llegar a dialogar representa no pequeñas dificultades, y que han hecho grandes sacrificios para secundar la humilde sugerencia que los obispos hemos hecho, inspirados solamente en las exigencias del Evangelio y sin representar “ninguna posición política, ningún interés de grupo, y solamente movidos por el bienestar de Chile, tratando de impedir que se pisotee la sangre de Cristo en una guerra fratricida”.

Nuestro deber como cristianos, como chilenos, y por lo tanto, como obispos, es saber ser sensibles y escuchar la voz de Dios en la multitud de hermanos e hijos nuestros que tienen hambre y sed de justicia, y para saberlos interpretar, creemos que ambos bandos en lucha deben sacrificar legítimas divergencias políticas “renunciando cada uno a la pretensión de querer convertir la propia verdad social en solución única”, en un diálogo que para ser fructífero,

“requiere que se verifique en la verdad, que se diga toda la verdad, que haya sinceridad para proclamar las intenciones reales, que se desarmen los espíritus y las manos”.

Los tristes acontecimientos vividos en estos días, nos están urgiendo a encontrar un camino de sensatez, de comprensión y de un mínimo de “consenso nacional para lograr la paz, realizar las transformaciones sociales”, y unificar a nuestro pueblo disperso, para que luche por la “justicia y no por la violencia y la destrucción”.

Estoy seguro, señor Senador, que si existe en nuestros dirigentes políticos, tanto del Gobierno como de la oposición, buena voluntad, sinceridad y real anhelo de justicia y de bienestar para nuestro pueblo, se darán los pasos concretos que se requieren, para escuchar la voz de nuestro humilde servicio evangélico, y que Dios no dejará de bendecir a quienes, sacrificando legítimos intereses, concuerden en estos altos ideales.

Lo saluda atentamente su amigo,

RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Cardenal Arzobispo de Santiago

